



Mugica, Fernanda. "Reseña bibliográfica: Tamara Kamenszain, *Libros chiquitos*".  
*Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2020, vol. 9, n° 20, pp. 263-266

**Tamara Kamenszain**  
*Libros chiquitos*  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Ampersand  
2020  
152 pp.



Fernanda Mugica<sup>1</sup>

Recibido: 03/09/2020

Aceptado: 30/09/2020

Publicado: 09/11/2020

### Leer en presente: sobre *Libros Chiquitos* de Tamara Kamenszain

*Libros chiquitos* (2020) de Tamara Kamenszain forma parte de la colección Lector&s, dirigida por Graciela Batticuore y editada por Ampersand. Esta colección –cuyos títulos vienen siendo reseñados en la revista– invita a autores y autoras a explorar, desde la singularidad de su escritura, los modos en que se entrelazan lectura y vida, los avatares de una auto/biografía literaria. El de Kamenszain es el número once de una serie en la que se destacan, también, *El texto encuentra un cuerpo*, de

Margo Glantz, y *La lectura: una vida...*, de Daniel Link –por mencionar sólo dos, que podrían dialogar desde muy cerca con *Libros chiquitos*.

Con “dialogar” me refiero a ese tipo de cruces –azarosos o no– que nos llevan a escribir, que nos conducen a nuestro propio deseo de escritura. De ese tipo de cruces parte Kamenszain para afirmar que “leer y escribir es una dupla que solo puede separarse cuando se levanta la cabeza de las páginas ajenas para volver a inclinarla en las propias” (11). Incluso cuando se trata de un texto escrito por encargo, ese texto comienza –se inscribe en esa cadena de libros que traen más libros– a partir de algo de la escritura, de la voz del otro. Algo que quizás estaba ya en los textos, y fuimos a buscarlo. O algo que nos encontró. Kamenszain, para empezar, lo encuentra en *Ensaio de voo* (2017) de Paloma

<sup>1</sup> Prof. en Letras (UNMDP) y Becaria de Investigación (UNMDP). Contacto: [fernanda.mugica@gmail.com](mailto:fernanda.mugica@gmail.com)

Vidal, su traductora al portugués. Un ensayo de vuelo que en su propio ensayo será ensayo terrestre y será vuelta a casa. Y será –para sus lectoras y lectores– deseo de leer a Paloma Vidal para jugar a adivinar qué de su escritura “la enganchó”, la hizo levantar la cabeza en ese gesto “irrespetuoso”, según Roland Barthes, en tanto interrumpe el texto, no –por supuesto– por desinterés, sino por la gran cantidad de asociaciones y de ideas que convoca (27).

Jugar a adivinar implicaría, siguiendo a Barthes, una forma de juego que no funciona como distracción, sino como trabajo: un trabajo del que, sin embargo, Barthes dirá, se ha evaporado todo esfuerzo: “leer es hacer trabajar a nuestro cuerpo [...] siguiendo la llamada de los signos del texto, de todos esos lenguajes que lo atraviesan y que forman una especie de irisada profundidad en cada frase” (94). Como poeta, como ensayista, como crítica, Kamenszain nos habla en *Libros chiquitos* de sus *lecturas de trabajo*. Es decir, de las lecturas que la llevaron a escribir, con las que fue trazando un recorrido, de donde fue tirando de pequeños hilos para dar forma a su propio laberinto. *Lecturas de trabajo*, lecturas de “ver hacer”, como las que buscaba Macedonio, escrituras que prefieren a ese lector “que en el lento venir viniendo de la lectura vislumbra, como a través de una vía regia, la tarea que lo está esperando y hacia ahí escapa” (Fernández citado en Kamenszain). De allí el título de la primera parte de este libro: “Ver hacer”, como un modo de lectura, de escritura, de escucha. Un ver hacer que nos conduce a un deseo que es propio, aunque habita en los textos de los otros. ¿Es posible hacer una antología de todas esas *lecturas de trabajo*? Este libro chiquito –que es, en realidad, inmenso– va trazando recorridos por esos “antologables”. Y frente a esa pregunta quizás podría responder que siempre existe la posibilidad de inventar sin tergiversar.

La primera antologable de su “ver hacer” es la poesía. La única vez que tuve la oportunidad de escuchar en vivo a Ta-

mara Kamenszain fue en octubre de 2018, en el Festival Internacional de Poesía de Rosario. Me acuerdo especialmente de una maratón de lectura –cada poeta leía un poema– en el Centro Cultural Parque de España. A Tamara le tocó leer después de Roy “Chicky” Arad, un poeta y cantante pop israelí, pacifista, que en sus poemas generaba –con la voz, con las palabras– un sonido como de estallido de bombas. Inentendible para la mayoría –en este caso no hubo traducción al español– los gritos de Chicky y los sonidos generados sí lograban, de todos modos, causar un efecto, hacían entrar esas bombas en el espacio del poema. Cuando le tocó leer a Tamara, a continuación de Chicky –lo imagino encontrando su nombre en esta reseña, en un español que apenas comprende, pero que parece reclamarlo desde el título–, lo que hizo fue gritar el comienzo de su poema: “Mamá mamá mamá”. Y digo “gritar” porque eso fue lo que hizo, y el efecto que tuvo fue el de una carcajada generalizada. También en sus poemas entraron esas bombas, como por una cuestión de vecindad. Tanto que tuvo que volver a empezar. Como explosiones, esta vez, los gritos “en un ataque de ecolalia”–“Mamá mamá mamá”–, y las bombas: distintos ecos a la hora de decir la pérdida.

Pero también, cierto encuentro con el sinsentido que Kamenszain apunta en el apartado “¿Se escucha?” de *Libros chiquitos*. La escritora observa en este apartado modos de leer en voz alta, de ocupar los espacios de la voz, de “ser *performer*”. Y señala –por ejemplo– ese “deseo de no ser poderoso” que escuchó en João Cabral de Melo Neto cuando lo oyó leer junto a Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Allen Ginsberg en un anfiteatro en México. Para ella, el lugar que ese poeta se animó a anticipar preanunciaba un modo, otros modos de hacer literatura. Modos no tan “aparatosos”, ni tan anclados en la letra, modos que dieron lugar a otras voces. En ese apartado, además, Kamenszain refiere una forma de vincularse con la risa, una forma otra de ser aparatosos. Piensa en Pizarnik, en la

forma en que la leyeron, por ejemplo, Batasto Barea y otros performers, inyectándole voces nuevas. O en la forma en que se leyó ella misma en el último tiempo, en el humor corrosivo de algunos de sus textos, en los pasajes desopilantes de *Hilda la Polígrafa* de Pizarnik. Yo también fui, en su momento, al libro de Tamara –*El eco de mi madre* (2010)– buscando algo, y lo leí de un tirón. Ahí estaba la pregunta sobre la muerte. “El humor es el arma que, deconstruyendo la saturación de sentido, le devela a la escritora el sinsentido de la lengua...” (29) dice Kamenszain sobre Pizarnik. Entonces tengo la necesidad de volver al poema, al libro, editado por Bajo la luna. Ahí está, en la página 39, subrayado de principio a fin, “como si hubiera querido escribirlo de nuevo” (Kamenszain, 2020: 44). Y encuentro algo que no recordaba: ese poema termina con el título de este mismo apartado. Me río y quiero decir “sí, se escucha”.

A partir de allí, algo atraviesa todo el libro de Kamenszain: la idea de que siempre podemos leer de otra manera, de modos transversales. Ese modo de leer transversal va a dar forma también a su escritura, que va creciendo en una serie de derivas desde zonas laterales: de Sor Juana a los géneros menores, de los géneros menores al ensayito, para pasar de allí a Fabián Casas, al poema de Eliot que analiza en uno de esos ensayos, y de ahí a las letras de rock, Almendra, los nombres de los hijos de Arturo Carrera y las ansias de nombrar, sin que podamos decir “etcétera”, porque cada parte viene, sí, a nombrar, algo que si no estuviera desbarataría el texto entero.

En Viel Temperley y en Perlongher, en Parra, en Vallejo, en los reenvíos constantes de la poesía –de un texto a otro, pero también, de ella a sus hijos o a sus amigas, y de sus amigos a ella– Kamenszain leerá estribillos. Como una forma de ponerle el freno a cualquier ficción, frente a las rupturas, frente a la muerte. Frases que aparecen o que vuelven a aparecer, que insisten e invocan formas del

consuelo, en el escuchar y escucharse, en ese “eco doble de lecturas y escrituras” (23). Así, la crítica será en *Libros chiquitos* “un acto de amor tan disfrutable como la poesía”, y ocupará el lugar de los segundos antologables, junto al ensayo y la teoría. Un género –dirá– que a la manera de los curadores o también de los psicoanalistas, “nos traduce lo intraducible no para explicar nada, sino para iluminar, en modo linterna, la página que nuestra hipermetropía no nos dejaba ver” (42). En ese “montaje de coincidencias autobiográficas” que va armando, Kamenszain nos cuenta sobre su disyuntiva respecto de estudiar filosofía o letras, pero también sobre la forma en que todo lo que quería encontrar en esas carreras terminó confluyendo. En poesía, en ensayo, lo que buscaba era –ahora lo ve más claramente, dice– ese “ver hacer”. De allí que en el pedido de Alain Badiou a la filosofía de mantenerse a la escucha, vislumbre el modo en que estas prácticas se encuentran en sus diferencias. De allí también que, en lo que Agamben llama “la crítica” a secas, sin escisión entre filosofía y poesía, encuentre esos modos “chiquitos” de leer, que son en verdad formas excéntricas de ocupar los espacios, de leer descolocando.

El tercer y último antologable serán “las novelitas”. Un tipo de novelas que apenas rozan la ficción y que, de acuerdo con Kamenszain, caen “como fruta madura, cuando no hay nada más para decir”, porque “estos novelistas menores escriben con lo que hay” (72), encuentran formas de apropiarse de eso que hay. También en ellas –en Verónica Gerber, en María Gainza– Kamenszain lee estribillos, “estados de poesía”. Se trata de novelas escritas en primera persona, en presente, que sitúan a quien habla “un paso más acá o uno más allá de la condición de personaje de ficción” (80). Novelas que fabrican presente, diría quizás Ludmer, otro personaje que habita el libro, igual que Ana María Amado, desde esa zona de adyacencia tan potente que es la amistad.

Ya en la segunda parte, “Leer por dinero”, Kamenzain recorre algunas de sus experiencias periodísticas y observa la manera en que también fueron transformando sus modos de leer. De Borges a Octavio Paz, de Lamborghini a Juanele, Kamenzain rescata voces y diálogos, palabras que quedaron resonando y hoy regresan de otras maneras, con algunas letras cambiadas. También cuenta sus experiencias como tallerista y como lectora de manuscritos en una editorial –desde novelas olvidadas en los asientos de un colectivo a libros infantiles. En estos trabajos se sitúa, una vez más, desde la escucha, desde la búsqueda de “ese hilo mágico” del que se puede tirar para dar lugar a operaciones de lectura. Pero sobre todo, desde la posición difícil que implica atajar “esa papa caliente que es el deseo del otro y ayudarlo a no soltarla” (121).

El libro cierra con una coda: “Lectores chiquitos”. Allí Kamenzain lee con su nieta y con su nieto, y parece decir que este es un libro sobre los modos de llegar – y de hacer llegar– a la lectura. En la escena familiar o no –me gusta pensar que ese movimiento no es calculable, que se echa a andar y llega a lectores sin tiempo, sin edad. Si esta reseña tiene que terminar, me animaría a decir que *Libros chiquitos* está cargado eléctricamente por todas las pasiones transmitidas –y por transmitir. ¿Cómo no iba a estar eléctricamente cargado un libro hecho de “Ensayitos bonsái” que conduce a tanta escritura luminosa? Ensayos que nos llevan a géneros menores, pero sobre todo a “brevísimos destellos”, que “ponen en jaque los intocables sistemas patriarcales de saber” (61). Una puesta en jaque –pienso– que, además, se construye en presente: desde el uso –por ejemplo– de un lenguaje inclusivo, desde movimientos mínimos, adyacencias y pasos laterales. Desde las derivas y puentes que se trazan, para que algo se eche a andar. Desde ese “lento venir viniendo”.

### Obras citadas

- Barthes, Roland. “Escribir la lectura”. *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1994.
- Kamenzain, Tamara. *El eco de mi madre*. Buenos Aires, Bajo La Luna, 2010.